

REPORTAJES, COLABORACIONES Y CRONICAS DE TODO EL MUNDO

COLABORACION

LA PLAZA DE TRUJILLO

Trujillo ha alcanzado, por el relieve de su historia y el esforzado servicio de sus hijos menores, el rango de ciudad. Pero esta preeminencia administrativa no le ha hecho perder la cabeza y sigue siendo, a través del tiempo, Trujillo a secas, que es ser mucho en la geografía y en la historia.

La Plaza Mayor, su más alto exponente urbano, sin duda, es una plaza holgada, abierta, de pueblo. De gran pueblo, por cierto. La iglesia catedralicia que la corona, los magníficos palacios de traza cortesana que forman sus esquinas y la monumental estatua de Pizarro, en guardia permanente, pese a su grandiosidad, se han dejado ganar por el aire apacible y sereno de la Plaza y están en ella como en su propia casa, con la más absoluta naturalidad. No son ellos quienes dan carácter a la Plaza, es la Plaza quien les impone el suyo. Podrán darle y se lo dan, sin duda, brillo y rebullido, puro matiz; pero el empaque, al señorío, lo lleva la Plaza en su propia esencia.

Es una plaza para que los señores, los menestrales y los labriegos tomen el sol o la fresca, según la época, después de sus labores y faenas, esperen a que toquen a misa o a vísperas, o se congreguen en su solar, para asistir a un entierro o a un acto gremial. Difícilmente podemos imaginárnosla invadida por tenderetes, riovivos o puestos de churrros, aunque sea en día de feria. Sería una profanación. Ni siquiera que los gitanos vayan a comprar o vender caballerías. De haber trato tiene que ser directo, de labriego a labriego que compre la mula que necesite para su servicio, pero sin intermediario mercantil.

Está a tiro de piedra del campo —ese campo solemne de Extremadura— y se le mete inundándola de su serenidad imperturbable. Es que en la plaza de Trujillo, como en las tierras que circundan su recinto urbano, el tiempo no pasa, está quieto. Sólo pasan los días y las noches, los vientos frescos o el sol abrasador, pero no como hitos temporales, sino como fenómenos cósmicos. La plaza de Trujillo es hoy la que era, la que fué siempre, incluso antes de que se mostrara la estatua y se levantara la fábrica de los palacios que forman sus esquinas, e incluso antes, también, de sí misma, cuando todavía no se sospechaba su traza.

Es tan acusado el sentido de la intemporalidad en la plaza, que estando en ella se tiene la impresión de que, en cualquier momento, pueden aparecer Orellana o el propio Pizarro, con la misma naturalidad con que juegan de chicos. Y, en los momentos en que el silencio es mayor, se cree oír la voz del fundador de Lima, cuando dormido por el cansancio de unas jornadas inacabables, a través de los Andes, soñaba con la gloria que había de dar a su pueblo la conquista del Perú.

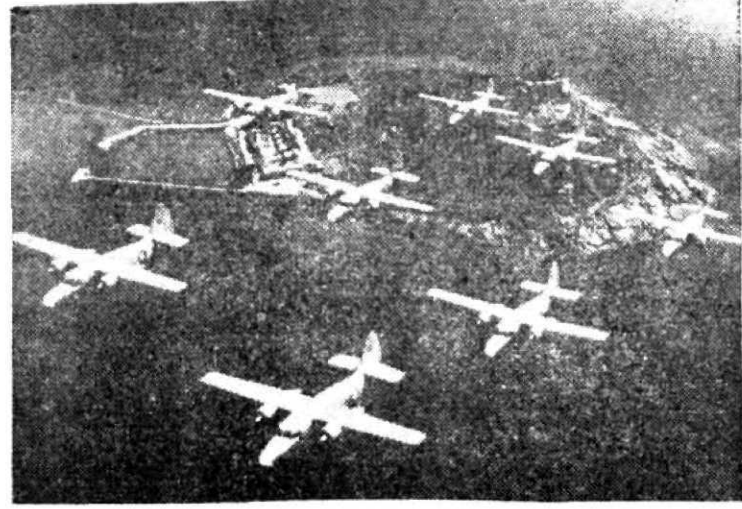
Todo es posible en el tiempo sin tiempo de esta plaza. Incluso que todavía anden en el aire las habillas y murmuraciones de las trujillanas del siglo XIV, cuando la mayorzga de su casa, Isabel Sánchez de Tapia, alias «la Rabiosa», que casó muy entrada en años con Martín Alonso de Hinojosa, dió en decir, ante el asombro de todos sus convecinos, que iba a tener un heredero. Si los años han dejado muy atrás la mocedad, no es fácil tener un hijo por el hecho de estar casada. Así lo pensaban, al menos, sus parientes, amigas y conocidas.

—Alguna vieja celestina le traerá una criatura de Cáceres, y nos quedará hacer creer que es hijo suyo —murmuraban maliciosas las damas y las doctores de Trujillo, al paso por la plaza, cuando iban o venían de la iglesia—.

—No será un hijo de su sangre —maliciaban otras—. Y la murmuración llegó a oídos de la casada vieja. Todo se sabe en los pueblos. Pero no era ella quien dejara las murmuraciones sin réplica. Y, así, cortó en seco, así que notó los primeros síntomas del parto, mandó montar una tienda a cielo descubierto. ¿En la plaza? ¿En el campo? Igual da; allí donde todos pudieran testimoniar por sus propios ojos la autenticidad del nacimiento. Y, cuando unos dolores más agudos lo hacían inminente, hizo descubrir las lonas de la tienda; que lo vieran todos cuantos quisieran! ¡El hijo de «la Rabiosa» era un trujillano auténtico, por la gracia de Dios!

El pueblo entero podía jurarlo en la plaza horas después. Y aún resuena el eco del juramento.

Mariano CIRQUIAIN GAIZARRO



VUELO DE ENTRENAMIENTO SOBRE CORNUALLES.—El monte de San Miguel y su castillo del siglo XIV, en la Isla Marazzone, sirve de fondo a este escuadrón de la Fuerza Aérea de la Flota británica que sobrevuela la costa de Cornualles para entrenamiento de su dotación, pilotos, navegantes y operadores de radio y radar. (Foto Gil del Espinar.)

Carta de Londres

El príncipe Felipe y Danny Kaye, joviales compañeros



Ayer volvió a reproducirse en el Londres de los años volátiles la clásica escena de la ópera cinematográfica: un cine, el Plaza, acordonado por los populemos para que por sus puertas se filtraran las más populares figuras del cine, del teatro, de las revistas, de las compañías de variedades mundiales que nunca falta cuando hay un motivo para aparecer en las pantallas de la TV. El motivo para esta ocasión era el estreno del último film de Danny Kaye, «Los cinco peniques». Este film, que se estrenó en una forma definitiva como es que a estos acontecimientos no falta ese público, esa masa ingente, que se adueña de las auras y del asfalto durante horas en espera de que lleguen las estrellas. La única evolución que me ha dado a mí mismo es que existe una masa profesional de miradores que lleva en su agenda las fechas consagradas. En este público —en el que incluso el casual transeúnte— hay que señalar en primer plano a los señores, a los señores, a los señores y muchachos que no dejan de los veinte años, que acuden a estos acontecimientos equipados con esos retrovisores y, para resistir, un par de sandwiches y un termo. De hecho, el cine Plaza estaba abarrotado por la Policía y esta masa de curiosos, que, a duras penas, puede ser contenida por los brazos de estos robustos agentes de Scotland Yard. Y este entorpecimiento humano para poder alcanzar las puertas del cine, hay que añadir el obstáculo que presenta la red de cables que se arrastran por el suelo para que los equipos de TV, radio y cine lancen al público en aquellos momentos la estampa que sólo es captada por los aparatos.

Grandes ruidos anuncian el film en cuestión: «Los cinco peniques». El último film que Hollywood ha enviado a Europa. Una vez más, este tipo de película puede ser un éxito, como lo fueron «La historia de

Glenn Millers, la de Benny Goodman, Al Jolson, Irving Berlin, Cole Porter y muchos más. Todas estas películas musicales, tuvieron un gran éxito de taquilla, y fundándose en esta suerte de perspectiva, Hollywood está haciendo ahora la historia de Gene Krupa.

«Los cinco peniques» es la historia del trompetista llamado Bill Miller, que se convierte en músico a este músico, Red Nichols, con gran soltura, y forma con la figura de la protagonista de Armstrong (que se representa a sí mismo...) un dueto de ritmo sincopado de gran estilo. La película, por tanto, ya ha estado en esta primera noche de su estreno, al menos, ha entretenido y la gente ha reído al mismo tiempo que ha saboreado un poco varios platos de trompetas.

Danny Kaye llegó a Londres para asistir al estreno de su film. En estos casos de gran gala —con butacas a 1.500 pesetas— algún miembro de la familia real hace el honor de estar presente. En esta ocasión, Isabel II no ha podido asistir a la ceremonia debido a su estado, pero su esposo, el príncipe Felipe, duque de Edimburgo, ocupó el sitio habitual a su derecha, el príncipe Felipe de su esposa la Reina.

El jovial duque saludó en el momento de salir a su avión amigo, Danny Kaye, quien asistía acompañado de su mujer Sylvia.

«¿No volveremos a reunirnos, Formamos un querido amigo, un equipo inconfundible. A lo que el duque respondió: —Conforme, pero usted hace todo el trabajo. —Es estupendo volver a encontrarnos, cuánto tiempo hace que no nos vemos? Y Danny Kaye replicó: —Bueno... no hace mucho, sólo el pasado octubre. Y la estrella de Hollywood añadió: —Ah, ¿cómo está Su Majestad? —Perfectamente, gracias. Esta noche tendrá sus dedos cruzados por usted, ya sabe cómo le admira y cómo desea sus éxitos.

Danny Kaye desvió la conversación para presentar al duque un álbum de piel, con inscripciones en oro, conteniendo cinco microscopios, tomados de la pista sonora de la película. En la cubierta se leía: «for Prince Charles».

El duque de Edimburgo le dio las gracias y respondió después: —No crea usted, Danny, que hay demasiado «dazz» aquí para mí hijo? —No le preocupe; al final, estos discos serán para la princesa Margarita... * * *

No lejos de allí, la princesa Margarita asistía a un «party» con música. Alan Gould (33 años) y High Sheriff del condado de Berkshire, era su marido en el «show fox» llamado «aband, dance, little lady». Y hablando y bailando la princesa perdió su sandalia de raso. Lo cual fue muy embarazoso... todo Londres se ha enterado, esta mañana.

JOSE LUIS F. DEL CAMPO

LA INCREIBLE CAMINATA

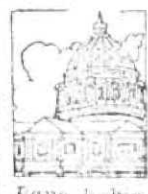
Hace unos días ofrecimos a ustedes la foto de «la bisabuela supersónica», una norteamericana de setenta y un años, que anda haciendo pinitos por los aires, exponiéndose a un buen torzaco a esa edad en que los huesos tienen tan mala soldadura. La cosa no nos gusta —¿recuerdan?— porque creemos que todo tiene su tiempo, su encaje, y no vemos la forma de hacer que la buena señora no desentone en la carlinga de un avión. Y nos gusta menos que por ella, por los que están permitiendo que un día se parta el corsé contra una tierra cualquiera.

De aquella foto a ésta, mucha distancia, amigos! Tanta como de una época a otra, de una concepción de la vida a otra concepción de la vida. Esta mujer despegada se llama Bárbara Hartisch y, en vez de tener 71 años, tiene 17. O sea, las mismas cifras, pero al revés. Si, todo es lo mismo, pero al revés, en este doble asunto. Lo mismo, pero al revés, que es una rara manera de ser lo mismo.

Barbara Hartisch estudia en una escuela de modas de Viena y acaba de recibir el título de piloto con la consideración de sobresaliente; ¡mucha chica! Lo de volar corresponde a sus años, esos benditos años en que todo es pequeño, hasta la Tierra, para el salto gozoso del corazón... Y del salto al vuelo hay sólo ese último impulso en el que el cuerpo se hace ingravido y a la libertad —¡al fin!— le brotan las alas. No, no se sorprendan las estrellas al verte pasar; ni las lúmpas nubes alifanadas, criadas entre las manos del sol; ni el puro espacio de las cosas puras. Y ha de irte bien en lo alto, porque lo alto —¿no lo sospechabas?— es tu sitio; si acaso, cuenta con la molestia de los avanzados del cielo que sospecharán de tus ojos, de esos ojos transparentes que parecen rocas de un contrabando de luz... Poca molestia para quien tiene toda la fuerza consigo, Bárbara Hartisch, piloto, el más joven piloto de Europa... Y el más bonito, que uno jamás ha visto esa cara al mando de un avión.—FELIX ANTONIO.

Carta de Roma

Pío XII también sabía llorar



La imprenta católica «Emiliana», publica con ocasión del I aniversario de la muerte de Pío XII, un interesantísimo artículo de un prelado vaticano que formó parte del grupo de los más íntimos colaboradores del difunto Pontífice. El autor de este artículo es Mons. Quirino Paganzani, quien revela aspectos casi inéditos de Pío XII. Se relata cómo en la tarde del 2 de marzo de 1959, después que el nuevo Papa había impartido su primera bendición «Urbi et Orbi», se retiró a una estancia de la Secretaría de Estado, y se recostó sobre un sillón con el rostro entre las manos y sollozando durante mucho rato. En esta postura le encontraron sus íntimos, quienes jamás hubieran podido imaginar que el inalterable cardenal Pacelli fuera capaz de llorar.

El eco de aquel llanto perduró todavía en las palabras de su testamento y vibró, aunque inadvertido desde el exterior, durante todo su Pontificado. Quien conserva el recuerdo de sus acciones conducidas con energía incomparable desde la sede de Pedro, difícilmente podrá imaginar que este hombre, que cada Navidad se dirigía al mundo con competencia y prestigio insuperables sobre los más grandes problemas de la era atómica, se hallara íntimamente influido por un complejo de timidez que le costaba mucho superar. Pero el sentido del deber y el deseo de hacer el bien, vencían siempre su instintivo temor al público. Bajo su aparente desapego vibraba un alma de sensibilidad excepcional. Advertía instantáneamente los mínimos matices revelados por una mirada insegura de su interior o por una flexión de la voz. Era verdaderamente sorprendente cómo el Papa hacía suyas las inquietudes, las alegrías, las amarguras y las esperanzas escondidas en quienes se hallaban próximos a él.

Otros elementos del artículo de Mons. Paganzani contribuyen a entrecruzar el recuerdo de Pío XII con la revelación de sus insospechadas y profundísimas dotes humanas. A la orden, escribe el articulista, prefería el ruego, al deseo expreso, el espontáneo ofrecimiento. Era generoso, pero al mismo tiempo no toleraba derroches inútiles; apagaba personalmente las luces que se encontraban encendidas; creía que se arrebataba a los pobres todo lo que consideraba superfluo en sus necesidades y en las de cuantos le rodeaban. No era raro el caso de que hiciera comprender indirectamente su deseo de ahorrar papel o gasolina. Su testamento aparece escrito apresuradamente a lápiz en un sobre usado que había conservado entre los manos en aquella noche del 15 de mayo de 1958.

El que fué jefe del Gobierno italiano Alcide de Gasperi, durante su permanencia en la biblioteca vaticana, estaba encargado de facilitar al Papa los libros que éste necesitaba, y tenía una verdadera colección de sobres usados y de pequeños trozos de papel en los cuales Pío XII anotaba los títulos de los libros que pedía.

Vestía pobremente: sus hábitos, llevados con tanta elegancia y señorío, no permitían suponer que estaban llenos de hábiles remiendos ocultos. Un último y predilecto colaborador de Pío XII dijo un día a sor Pascualina, que el Papa le había prometido una de sus sotonas: «Bien —dijo la religiosa—, esto nos dará la oportunidad de hacerle una sotana nueva al Santo Padre». Pero cuando se trató de que se pusiera la nueva sotana, el Papa pidió explicaciones. «Vuestra Santidad ha prometido su sotana a X», dijo sor Pascualina. «Pues entonces que le den la nueva», dijo el Papa. «Pero Mons. X, insistió sor Pascualina, desea naturalmente una sotana que haya sido usada por Vuestra Santidad». «Bien, concluyó el Papa, entonces llevará la sotana un par de días y luego se la daremos». Así se hizo.

Con la púrpura que el cardenal Eugenio Pacelli había llevado con ocasión del novenario de Pío XI, se confeccionaron dos casullas a las cuales Pío XII era extraordinariamente aficionado. Lo mismo pasaba con los zapatos: al finalizar cada audiencia el Papa se apresuraba a cambiarse los zapatos que llevaba en los actos públicos para calzarse sus viejos zapatos desastrosos. Siempre decía a las religiosas ajenas: «Dadme mis zapatos de vagabundo».

ARMANDO M. MORTILLA

VIAJANTE ALMACEN. ramo de tellos, para Valladolid, Palencia, León, Orense, se precisan. Inútil otras sin buenas referencias. B. de A. adm. inscripción (44-837)

Ultima columna

He aquí un hombre

El doctor Schweitzer ha sido nombrado ciudadano honorario de la ciudad alemana de Frankfurt. Tiene además el Premio Nobel de la Paz y el concedido por los liberos alemanes. Se lo merece. ¿Recuerdan ustedes? Siendo profesor de Teología, organista famoso y autor de varios libros, a los treinta años, un día pensó una locura: dejarlo todo y hacerse misionero.

hacerse misionero para irse a África a compartir el resto de su vida con los habitantes de una aldea salvaje a los que podría aliviar o curar muchas de sus enfermedades. Y como lo pensó lo hizo, juntamente con su mujer.

Allí tuvo, por lo pronto, que pasarse su agua y acostumbrarse a otra alimentación. Tuvo que luchar contra el sol y los mosquitos o las hormigas y contra los elefantes que venían a destruir las plantaciones, a banjar y carpintero. Tuvo que luchar contra la ignorancia de aquellas pobres gentes y reprimir, mediante un intérprete: «De este frasco diez gotas en un poco de agua». Y así hasta horas enteras.

En fin, que su vida allí no le habrá recordado en nada los ambientes intelectuales de Europa, ni el trabajo de un médico en el llamado mundo civilizado. Pero aquellos negros le han recordado constantemente el mandamiento de Cristo y allí está desde 1912 y allí ha decidido morir. Es todo un hombre. Como cualquiera de esos otros miles de misioneros que, en cualquier parte del mundo, quedan su vida igualmente. Son los que están en vanguardia luchando por un mundo nuevo. Pero nosotros... Pero nosotros podremos también hacer algo. Por ejemplo lo que doña R. o lo que P. Doña R.: Rosa, Ramona o Rosario ha puesto este verano su casa de campo a disposición de una familia humilde, y «el resultado ha sido que cuatro chiquillos del barrio obrero de Pueblo Nuevo (Barcelona), están disfrutando de un verano inesperado en el pueblito de M. de la provincia de Tarragona» y P. Pirulo, el popular vendedor de caramelos y chucherías, que se pone junto a la verja del Retiro madrileño, ha entregado su mercancía a los niños para que la vendiesen en favor de las misiones, el último Donund, hace unos días. Doña R. y Pirulo son todo un hombre también.

Pío XI, que tenía una foto de Santa Teresita sobre su mesa de trabajo, en la habitación donde recibía a las más altas personalidades, solía decir de ella: «He aquí un hombre». Lo ha contado ahora Juan XXIII. Y tenía razón Pío XI, porque Teresita hizo cosas que para si querían muchos poseedores de la Laureada, y la humanidad quizás queda muy bien dividida en hombres-hombres, que son todos aquellos que responden en la práctica de su fe y sus ideas, y hombres-muchecos, que somos nosotros. Los que no somos capaces, no ya de sacrificar nuestra vida por los demás, como los misioneros, pero ni siquiera de ceder nuestra casa de verano o nuestro negocio, como doña R. o Pirulo. Mucho menos seríamos capaces de renunciar a un vaso de agua, como Teresita.

¿Saben ustedes la historia de este vaso de agua? Pues he aquí: Era la víspera de su muerte y Teresita con una fiebre alta, con los y rómulos, con una cistita ator de aire, con una terrible sed, pidió un vaso de agua a la madre Inés, su hermana, y a otra monja, que dormían a su lado. Se lo llevaron, pero rendidas de sueño y cansancio, se volvieron a la cama, olvidándose ayudarla a beber. Teresita se hizo más cargo del cansancio de aquellas que de su terrible sed y estuvo horas con el peso en la mano, con su sed en la garganta, sin poder beber el agua, pero sin querer desvelarlas. Fue su último acto de caridad en la tierra. Y cuando el amor por el prójimo y la delicadeza humana, llegan hasta aquí, entonces se ve bien clara que Dios anda entre nosotros, que está cerca un mundo nuevo y por qué Pío XI decía de Teresita: «He aquí un hombre».

Y se advierte que nuestro mundo se sostiene todavía gracias a las Teresitas, a los Schweitzers, a las doña R. o a los Pirulo ocultos, con quienes convivimos en la oficina, en el taller, o que, en el tren, nos ceden su asiento, cuando quizás ellos mismos lo necesitan más que nadie. Estos gestos valen por mil revoluciones. Y es lo que se nos pide, lo que nos hace hombres-hombres, y cristianos «en obras y en verdad».

Portajes de Madera

Introducido en el ramo de la construcción, disponiendo amplio local mejor sitio, solicita representación y depósito en exclusiva para SEVILLA y provincia. Ofertas al número 120 de VALTRU - Publicación Amor de Dios, número 25 - SEVILLA

HISTORIA Y BOTELLAS

El Museo de Bebidas de Pedro Chicote

Por José Montero Alonso

En la prensa se leen constantemente referencias al Museo de Bebidas de Perico Chicote. Poéticos, «estrellas», de cine, escritores, figuras universales por una u otra razón, no dejan de visitar en Madrid aquel rincón, tan lleno de interés y simpatía. Sin embargo, son muchos los que desconocen en realidad cómo es el Museo. A ellos va destinado este breve reportaje en el que el director y propietario de esta curiosísima «licoteca», el propio Perico Chicote, va a decirnos algo de lo que el Museo contiene.



Perico Chicote

LA PRIMERA BOTELLA. En primer término, su origen. Fue hace cuarenta años cuando nació el Museo. Perico Chicote trabajaba entonces en el Hotel Ritz, como ayudante de barman. Un día se celebró allí una fiesta. —Era una recepción que ofrecía el embajador del Brasil. Al terminar, el embajador, como recuerdo, nos obsequió gentilmente a cada uno de los que habíamos servido en la fiesta con una botella de licor brasileño llamado «Baraty». Aquella botella era interesante y rara. Y me sugirió una idea: ¿no existían colecciones de sellos, monedas, porcelanas, viejos de habanos, insignias?... ¿Por qué no podía haber, igualmente, un coleccionista de botellas de licor? Ello podía tener un interés concreto para mí profesión de barman. Además, sería una ilusión y un placer, como los que sienten los otros coleccionistas cuando consiguen un ejemplar raro o único para sus colecciones.

SOLO LICORES. —Aquella primera botella brasileña fué la semilla de mi Museo. Es éste el único que en el mundo existe formado exclusivamente por botellas de licores. Sólo se agrupan en él bebidas de las que se sirven en un bar: «whisky», coñac, ginebra, aperitivos, toda clase de licores. Únicamente España tiene una limitada representación de sus vinos de Jerez soñeros y manzanillas y algún otro con antigüedad de ciento cincuenta a doscientos años. Me fueron regaladas estas botellas por Bodegas de gran prestigio expresamente para el Museo, y por eso se muestran en vitrinas especiales para cada marca.

—¿A qué número de bebidas llega hoy el Museo? —Pasa ya de las dieciocho mil. Sin contar las botellas miniaturadas, que son tres mil. Y aumenta continuamente, por bondad de los amigos que me ofrecen licores raros, y por las adquisiciones que yo hago en mis viajes por el extranjero.

EL «WHISKY». El Museo ocupa tres estancias. Parte de sus botellas se exponen en vitrinas iluminadas interiormente. Los licores se ordenan por países y junto a la representación de cada país están la bandera de éste y un

billete de la moneda que allí circula. Junto a algunas botellas consta su donante.

El «whisky» está espléndidamente representado. Hay nada menos que 370 marcas diferentes de las destilerías escocesas más famosas. Entre sus envases figuran viejas porcelanas con «whiskies» de hace siglos. Destacan especialmente dos de gran interés histórico: envases de porcelana grabados a fuego con las banderas inglesa y francesa entre las décadas del tiempo de Napoleón.

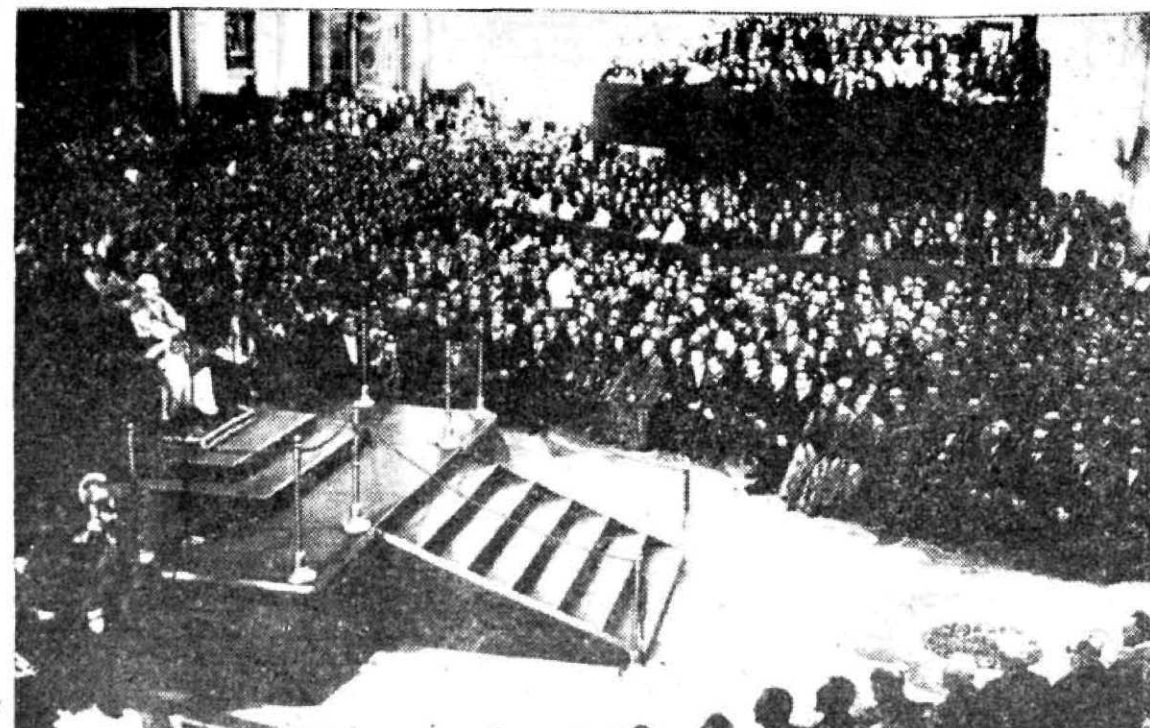
—De Inglaterra —cuenta aho-

ra Chicote— hay una extensa serie de cervezas, ginebras y aperitivos. Entre éstos, la serie completa de los «Pim's Cups», que era la bebida de la oficialidad inglesa durante la campaña de Egipto.

FRANCIA Y SUS COÑACS. Todos los países del mundo están representados en el Museo. En éste, su traza y sus detalles responden casi por entero al tema del vino. El teléfono, por ejemplo, está dentro de un pequeño tonel. La mesa central de la primera estancia está decorada en sus patas con racimos de uvas.

El número de las botellas de Francia es extensísimo. —En coñacs —habla Chicote— poseo una colección muy completa e interesante. ¿Así trescientas marcas diferentes. Hasta el extremo de que en los viajes que constantemente hago a París me es muy difícil la adquisición de ejemplares que no figuren ya en el Museo. Del famoso coñac Napoleón, de Courcoisier, poseo dos botellones grandes, que contienen cada uno veinticuatro litros. Acaso las dos botellas más interesantes de este grupo son las de coñac Napoleón 1811, embotellado expresamente para el Emperador aquel año por la Bodega productora. Se lanzaron al mercado solamente doscientas botellas de primera categoría, numeradas y vendidas por escritura. Si la colección de incrementos es ya muy difícil de incrementar, a no ser con marcas que salgan ahora al mercado por

(Sigue en sexta plana)



AUDIENCIA GENERAL DEL SANTO PADRE.—Su Santidad Juan XXIII durante la general audiencia celebrada en la Basílica de San Pedro, y a la que asistieron más de 50.000 personas. — (Foto Cifra Gráfica.)